

TEMISTOCLES CARVALLO

Caracas-Venezuela

JOSE GREGORIO HERNANDEZ

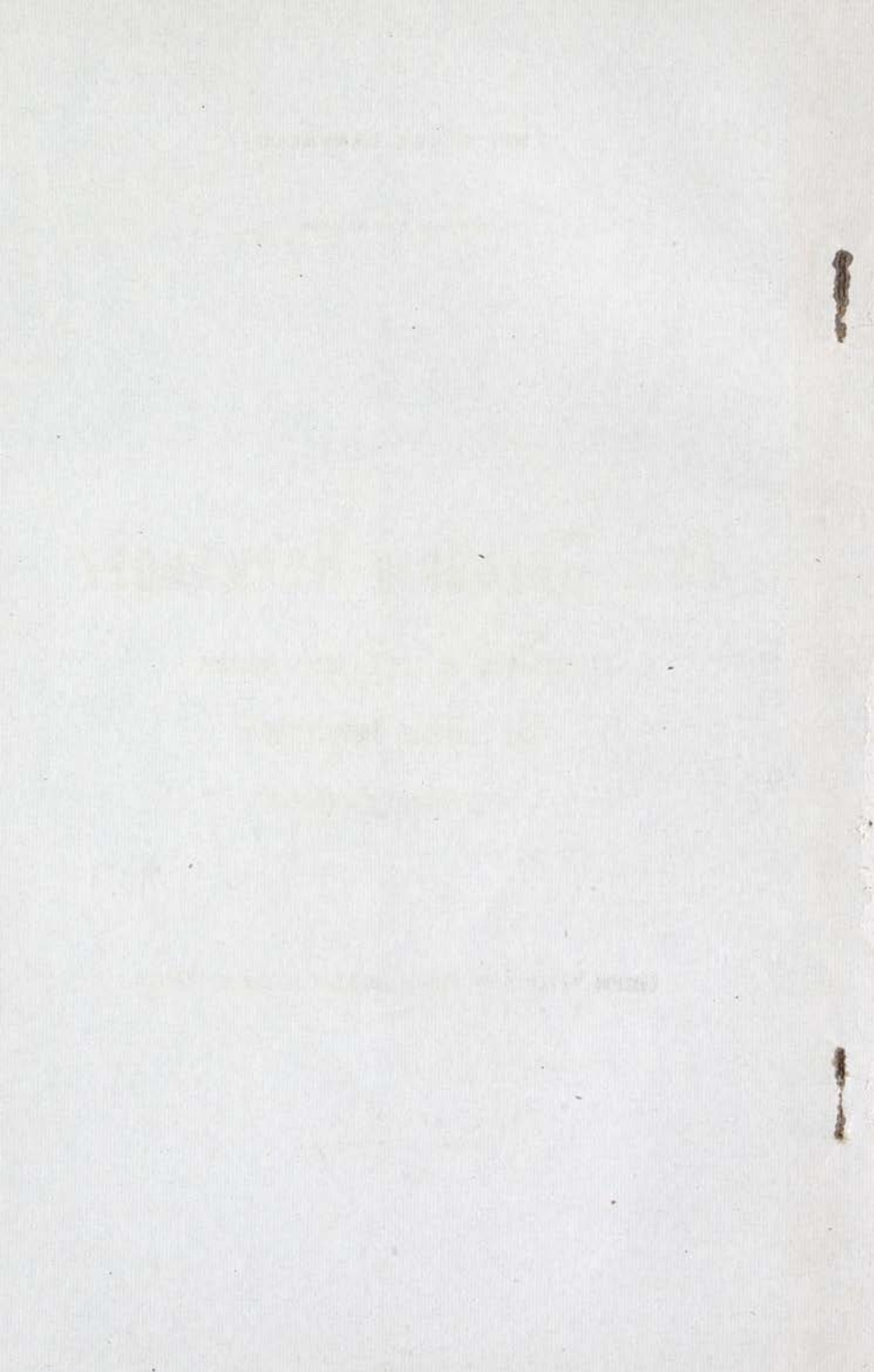
REFORMADOR DE LOS ESTUDIOS MEDICOS

GRAN PROFESOR UNIVERSITARIO

INVESTIGADOR CIENTIFICO

N PATROCINADA POR LA SOCIEDAD MEDICA DE TRUJILLO

Imprenta del Estado
- Trujillo -



610.92
H557C
ej. 2

TEMISTOCLES CARVALLO

Caracas-Venezuela

JOSE GREGORIO HERNANDEZ

REFORMADOR DE LOS ESTUDIOS MEDICOS

GRAN PROFESOR UNIVERSITARIO

INVESTIGADOR CIENTIFICO

EDICION PATROCINADA POR LA SOCIEDAD MEDICA DE TRUJILLO

Imprenta del Estado

- Trujillo -



P R E F A C I O

El respetable colega Dr. Temístocles Carvallo, miembro de la Academia Nacional de Medicina, da a la publicidad el estudio que sigue sobre la personalidad profesional de un trujillano tan ilustre y meritorio como el Dr. José Gregorio Hernández, cuyo nombre campea en el frontispicio del Hospital de esta capital andina y de otras instituciones médicas del País, no sólo como perenne ofrenda de recuerdo al hombre y de admiración por su obra, sino como símbolo e inspiración para las siguientes generaciones medicas

No es la primera vez que el Dr. Temístocles Carvallo medita y escribe sobre las distintas facetas de la personalidad y de la actuación del malogrado clínico; cada vez aporta más luces y nuevos aspectos que aquilatan aún más y más la trascendental aportación del Dr. José Gregorio Hernández al esplendor de la Medicina Venezolana.

No extrañará el lector, pues, que la Sociedad Médica de Trujillo tenga especial placer en

patrocinar la publicación del presente estudio sobre tan descollante figura de la Ciencia Médica Nacional. verdadero orgullo de esta tierra, cuyo recuerdo se magnifica y abrillanta con el tiempo.

La minuciosidad y el cariño con que el Dr. Temístocles Carvallo estudia y analiza la fecunda obra y luminosa trayectoria del malogrado Maestro hacen de estas interesantes y documentadas páginas instrumento eficaz para que se recuerde o conozca las excelsas cualidades que adornaron al Dr. José Gregorio Hernández, convirtiendo al lector en su admirador convencido.

J. PARDO GAYOSO.

Presidente de la Sociedad Médica.

Trujillo, enero de 1946.

JOSE GREGORIO HERNANDEZ

Reformador de los Estudios Médicos.

Gran Profesor Universitario

Investigador Científico

Según el doctor Ambrosio Perera, miembro muy distinguido de la Academia Nacional de la Historia y quien con gran empeño y éxito se ha entregado a la meritoria labor de explorar nuestros anales médicos: «Todo aquél que imparcialmente recorra las páginas de la Medicina Venezolana, encuentra tres fechas trascendentales: 1763, 1827 y 1891. En efecto: el 10 de octubre de 1763, inaugura la Cátedra de Medicina en la Universidad Real y Pontificia, el ilustre doctor Lorenzo Campins y Ballester; el 9 de noviembre de 1827, el doctor José María Vargas da comienzo a la cátedra oficial de Anatomía, después de haber decretado el Libertador por insinuación del Rector Vargas, el 24 de junio del mismo año, la creación de la Facultad de Medicina, que vino a sustituir el antiguo Protomedicato, creado por Real Cédula de Carlos III el 14 de mayo de 1777. Por fin, el 6 de noviembre de 1891, el doctor José Gregorio Hernández, inició la cátedra de Bacteriología y con ella im-

plantó oficialmente en nuestra Alma Máter, la revolución establecida por Pasteur en el campo de las ciencias biológicas». (1)

El mérito de Campins y Ballester fué enaltecido por el verbo austero del mismo Vargas, en su memoria presentada a la Sociedad Médica de 1829, donde dijo que el médico español «era un profesor animado de un celo muy honorífico por su profesión, quien deseoso de sacar de la caterva de medicastros o curiosos, hombres de educación profesional y de verdaderas luces, concibió con razón que no había otro medio más adecuado, que el de propagar estas luces y formar médicos en Caracas»; y añadió luego: «Puede asegurarse que Campins y Ballester niveló la Medicina en Caracas, con el grado de consideraciones y estima que esta ciencia alcanzaba en España, de modo que en tiempos venideros se empezará con él, la narración de su existencia en Venezuela». Y si la gloria de Vargas no necesita de las frases pálidas de un elogio circunstancial, debemos sin embargo convenir, en que a pesar de sus nobles esfuerzos, las condiciones propias de la época, lo imposibilitaron para emancipar totalmente nuestra Medicina de

(1). (Discurso del doctor Ambrosio Perera en la Universidad Central al celebrarse el 80º aniversario del nacimiento del Doctor José Gregorio Hernández).

los rezagos del curanderismo; de manera que el reformador vióse obligado, cuando abandonó la Cátedra de Anatomía para ir a ocupar la Presidencia de la República, arrastrado por un sufragio nacional casi unánime, a dejar como sustituto en dicha asignatura, a su practicante, que no poseía título académico alguno.

«La obra de Vargas quedó estacionaria», afirmó con dejo de melancolía, el elocuente Elías Toro; pues, sin que ninguna responsabilidad les cupiera a sus discípulos, muchos de ellos tan ilustres, el medio no se prestó luego, para llevar a término los planes y reformas del Patriarca, toda vez que al decir del propio Toro: «El ambiente de la Patria se tornó de súbito impropicio a la serena elaboración de la idea de ciencia; una tempestad de pasiones se desató con furia y amenazó ahogar en pozos de rencores y de odios la primeriza flor de la República. Y cuando ya parecía serenado el ambiente, y del seno mismo de la catástrofe había surgido como una blanca flor propiciatoria, la cándida paz, un hado adverso, una sombra fatídica como de cóndor rapaz sobre tímido rebaño, cayó sobre la madre Universidad, y la ruina, el abandono y el silencio volvieron a reinar en aquella entraña de la Patria, que habían señoreado, como sublimes deidades, Bolívar y Vargas. Herida en las pro-

pías fuentes de su existencia material, la Universidad de Caracas dejó de ser entonces el foco del progreso científico de la República; y hasta llegó a iniciarse en ella un torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos. ⁽²⁾

«En realidad, mucho había decaído aquella Universidad que con tanto brillo apareció en sus comienzos y hasta se dió el caso insólito, de que la loca ignorancia, con armas de piache, y protegida por el Gobierno de la época, pretendiera elevarse hasta las curules profesorales; y las habría alcanzado, si el resto de la obra de Vargas vinculada en sus discípulos, hecha causa común con el ímpetu de la juventud estudiantil, no hubiera incinerado la ambición en forma de libro, como desagravio y protesta ante la estatua de Vargas». ⁽³⁾

Los estudios médicos, como era natural, se resintieron hondamente de ese estado de turbulencias anárquicas, y, según lo anota el mismo doctor Perera, «basta para convencerse de ello,

(2) (Elías Toro. Discurso en el Primer Congreso Venezolano de Medicina).

(3) (Discurso del doctor Jesús Rafael Rísquez en el Paraninfo de la Universidad Central, al conmemorarse el XXV aniversario de la muerte del doctor José Gregorio Hernández).

ver en los legajos del Archivo Universitario, cómo en los exámenes de grados verificados casi en la mitad del siglo, se ponía como tarea al estudiante, la discusión de los Aforismos de Hipócrates». Es cierto que ya al finar la centuria, mejoraron algo las condiciones pedagógicas; pero, sin Bacteriología, base de la Etiología; sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica; y sin Fisiología Experimental, soporte de la Terapéutica moderna, el arte de curar no habría logrado despojarse entre nosotros del sedimento de rutina empírica que aún conservaba como rasgo esencial de su carácter; y para cuya justa apreciación, me permitiré copiar siquiera en parte, un documento oficial, a todas luces memorable. Con esa Resolución el gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl, pinta el lamentable atraso de nuestros sistemas de enseñanza universitaria y destaca la urgencia con que se hacía sentir la aparición de las nuevas asignaturas, que implantó después el doctor José Gregorio Hernández: «Observándose que los estudios médicos en Venezuela se resienten de lamentable deficiencia en el campo objetivo de la experimentación, ora por falta de clínicas especiales y de museos y gabinetes científicos donde pueda hacerse ejercicio práctico de las teorías de la Facultad, ora por falta de profesores especialistas en determinados ramos esencialmente ex-

perimentales, que han obtenido hoy notable perfeccionamiento, y en los que el progreso ha encontrado la base de nuevos sistemas y sorprendido el secreto de nuevas medicaciones: el Presidente de la República, en cuyo ánimo han influído tales circunstancias, atento además a la consideración de que al fundar el Gran Hospital Vargas no le ha movido tan sólo un propósito benéfico, sino que ha querido también realizar un progreso científico, ofreciendo así al mismo tiempo asilo generoso al desvalido y fecundo campo de estudio y de observación a la ciencia, ha tenido a bien resolver, previo el voto del Consejo Federal: 1º Por cuenta del Gobierno Nacional se trasladará a la ciudad de París un joven médico de nacionalidad venezolana, graduado de Doctor en la Universidad Central, de buena conducta y de aptitudes reconocidas, con el fin de que curse allí teórica y prácticamente las siguientes especialidades: Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental. 2º Durante el curso de sus estudios, el expresado médico sostendrá correspondencia con este Despacho, al que comunicará las noticias y observaciones que juzgue útiles a la Facultad de Ciencias Médicas o a los cursantes de la misma Facultad, y remitirá trimestralmente, certificaciones autorizadas que comprueben su consagra-

ción al objeto que se le destina; y tan luego como haya adquirido la debida suficiencia, la cual habrá de justificar también con certificaciones o con diplomas facultativos, importará por cuenta del Gobierno Nacional, los elementos necesarios para la creación en el Gran Hospital Vargas, de un Gabinete fisiológico cuya dirección le estará encomendada, y quedará asimismo en la obligación de enseñar en la Universidad Central las materias susodichas».

Los estudios por lo tanto, al decir del Gobierno, eran puramente teóricos. Se carecía de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes científicos, para hacer en ellos «ejercicio práctico de las teorías de la Facultad»; así como de *profesores especialistas* en ramos esencialmente experimentales de la Medicina, sin los cuales era imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo.

Con tintes igualmente sombríos, nos retrata el ambiente universitario de esa época, un celebrado escritor venezolano: «La ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fué en veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se dió el caso de que an-

te la ineptitud de profesores, los cursantes se viesan obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuera del Instituto. Los maestros de la Facultad, fervientes adeptos de la escuela de Broussais, seguían atribuyendo a la irritación e inflamación la misma influencia preponderante que Vargas y sus contemporáneos le asignaban en la patogenia de las enfermedades; y sus teóricas disertaciones sobre la estructura de órganos y tejidos, no se aventuraban más allá de los añejos conceptos de la fibra y la membrana. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna cátedra oyóse mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los *microbes*: y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental, no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia». (4)

Para *corregir* tan deplorables deficiencias y de acuerdo con la Resolución mencionada, fué escogido el doctor José Gregorio Hernández por decreto ejecutivo del 31 de julio de 1889, que

(4) (Doctor J. M. Núñez Ponte, «Ensayo crític-obio-gráfico del Doctor José Gregorio Hernández. Segunda Edición).

dice así: «EE. UU. de Venezuela. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 31 de julio de 1889, 26º y 31º Resuelto: De conformidad con la Resolución de este Despacho, de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, en quien ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales a que se refiere la Resolución susodicha. Comuníquese y publíquese. Por el Ejecutivo Federal, Silva Gandolphi».

Desde ese instante, Hernández se entregó por completo al oficio que le encomendara la Patria, y valoró muy bien la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica; adquiriendo un copioso acervo de conocimientos que lo capacitó para escribir, más tarde, al Ministro de Instrucción Pública: «Pronto como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna, me apresuro enviar a usted, la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la funda-

ción del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor Ministro, contemplo este gran acontecimiento para nuestro país, de la creación de un instituto que estará al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que será una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París». Y el Gobierno de la República, presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacio, le confió el encargo de traer los instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional en donde iban a funcionar las nuevas cátedras, de acuerdo con el siguiente Decreto: «El Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela. Con el voto del Consejo Federal. Considerando: 1º Que se encuentra ya convenientemente instalado en el edificio de la Universidad Central de Venezuela el Laboratorio de Fisiología Experimental y Bacteriología, encargado a Europa y comprado por cuenta del Ejecutivo Federal. 2º Que el objeto de la instalación del mencionado Laboratorio ha sido el de difundir entre los cursantes de ciencias médicas los conocimientos científicos inherentes a las indicadas asignaturas. Decreta: Artículo 1º Se crean en la Universidad Central de Venezuela los estudios de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, los

cuales se cursarán en el Laboratorio arriba indicado y conforme a los últimos descubrimientos hechos en las Naciones más adelantadas. Artículo 2º Por Resolución especial será nombrado el catedrático de la clase a que se refiere el artículo precedente, quien desempeñará a la vez las funciones de Director del indicado Laboratorio. Artículo 3º Este funcionario gozará, además del sueldo que le corresponde como Catedrático de la Universidad, el de cuatrocientos bolívares mensuales (Bs. 400), como Director, quedando incluidos en esta última asignación los gastos ordinarios del Laboratorio. Artículo 4º El Ministro de Instrucción Pública queda encargado de la ejecución de este Decreto. Dado, firmado y refrendado en el Palacio Federal en Caracas a 4 de noviembre de 1891. Año 28º de la Ley y 33º de la Federación. R. Andueza Palacio. Refrendado. El Ministro de Instrucción Pública. Eduardo Blanco».

«Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Instrucción Pública. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 5 de noviembre de 1891. 28º y 33º Resuelto: Por disposición Presidente de la República y con el voto del Consejo Federal, se nombra al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, Catedrático de Histología Normal y Patológica, Fi-



siología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela, de conformidad con el Artículo 2º del Decreto Ejecutivo de 4 de los corrientes. Comuníquese y Publíquese. Por el Ejecutivo Federal. Eduardo Blanco». Y el 6 de noviembre del mismo año, el doctor Elías Rodríguez, Rector de la Universidad, tomó juramento al doctor José Gregorio Hernández y le puso en posesión de las cátedras para que había sido nombrado profesor, por el ciudadano Ministro de Instrucción Pública. «Desde entonces -dice Jesús Rafael Rísquez- difunde su saber con inimitable maestría entre las generaciones médicas contemporáneas, hasta que la muerte lo sorprende en plena actividad profesional».

Vino José Gregorio Hernández a colmar una inmensa laguna de nuestra evolución científica; y su obra, como maestro incomparable de varias generaciones, reformador de los estudios médicos y hombre de directivas morales inconfundibles, no será debidamente apreciada, sino al correr de los años, cuando la lejanía y una creciente madurez del sentido crítico, ensanchen el radio de la perspectiva histórica en Venezuela. Pero la justicia póstuma, entre tanto, por la pluma de su biógrafo, ha esbozado ya su noble perfil de civilizador, mediante la enumera-

ción escueta y sin retóricas de hechos incontrovertibles: «Antes de Hernández las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban; hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación sistematizada y científica. Porque él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que se puso a estudiar y calcular el número de los glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fué aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la «caza de Pan» que dice Bacon, al golpe de la vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias.

En el ejercicio de sus clases, que leía con matemática exactitud y la más pulcra concien-

cia, con severidad pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el doctor Hernández desde el primer momento dió a comprender la importancia de su Aula, el dominio cabal de sus conocimientos, una habilísima penetración investigadora, su técnica profesoral admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su excelente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión. Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu, cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos antes no usados aquí, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad juvenil, pero con acierto grave y sereno, con una consistencia maciza, como de hombre inmaduro y sapiente! Cuánto gusto e interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción; sobre el microbio, su morfología, su cultivo, etc., decía con acierta gracia suya: *Yo lo pinto*; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacía casi palpar la evolución prolífera de aquellos peregrinos organismos! Sus discípulos y sus co-

legas mismos lo respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiescentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su adestría singular, a su intensa mentalidad, a su ubérrima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse espléndidamente con los testimonios producidos en la ocasión de su muerte». (5)

Su puntualidad en la asistencia a las clases que no alteró nunca, ni por caso de lluvia o quebrantos de salud, se hizo proverbial; así como la justicia y rectitud de su juicio, que fueron incapaces de torcer las amenazas de unos, ni los halagos de otros. Le tocó la misión de hacer luz en los cerebros durante épocas de verdadera incuria nacional, cuando el caos y el desorden se adueñaron del país, y la anarquía, según la frase profética del Libertador, devoraba energías y secaba las fuentes de la riqueza pública. Pero Hernández consideraba el magisterio como sacerdocio de abnegación y en tiempos tumultuarios, sin ninguna remuneración oficial, sostenía de su peculio los gastos del Laboratorio y continuaba impasible, acercando a los labios de sus discípulos la linfa clara del saber. A las tres de la tarde, por treinta años sucesivos, abrió diariamente la puerta de su Aula; y con la

(5) (Dr. J. M. Núñez Ponte. «Ensayo Crítico Biográfico»).

dicción persuasiva del sabio, iniciaba a la juventud en los misterios biológicos, mientras afuera los espíritus se caldeaban en la llama de los odios sectarios y disipaban, con loco afán incon-sulto, el tesoro de viriles cualidades que nos legaron nuestros mayores.

La escuela que formó, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia y cuyos renuevos se encuentran hoy dispersos por los ámbitos de la República y aún en el exterior, prolongará en el tiempo la función docente del Maestro; y su mismo sucesor en la cátedra de Bacteriología, ha consignado para la Historia, este valioso testimonio: «El y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la mayor parte de los gérmenes morbíficos en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios -como dijo el gran Patrick-Manson- había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces la era de la Parasitología en Venezuela con los trabajos de Rafael Rangel». (6)

(6) (Jesús Rafael Risquez: «Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925).

Intimamente ligado a la obra y al nombre del doctor Hernández va este gran discípulo suyo, a quien aleccionó en la investigación experimental y lo preparó para fundar después la Parasitología Nacional. «Todas las reformas -anota el doctor Núñez Ponte- a que dió lugar y vida el doctor Hernández con la fundación y progreso de su cátedra, con lo que propiamente podemos decir su escuela, han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los experimentos fundamentales de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores.

En el estudio sobre las «Teorías del sistema nervioso», que publicó Rafael Rangel en 1901, año II, Tomo II de los «Anales de la Universidad Central», dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología, página 385: «Nuestro maestro, el doctor José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología, nos hizo la

observación de que el líquido de Müller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bicrómicos. En cambio, el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos: mientras estos recomiendan uno, dos, tres y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días, lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los cortes con el *microtomo de Ranvier*, o mejor, con el de *Selong*, y los montamos libres en *resina damar* y *colofonia en benzina*». Lo cual no era sino la propia técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había adquirido Rangel en las clases prácticas de Hernández.

En su trabajo sobre «El Carbunclo bacteriano en Venezuela» presentado a la Academia de Medicina y publicado en la «Gaceta Médica» del 30 de setiembre de 1906, dice también Rangel: «Grande fué nuestra sorpresa al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como la habíamos visto en las lecciones prácticas del doctor

José Gregorio Hernández; de 5 a 7 micromilímetros de largo, por 1 a 1½ de ancho, un poco más gruesa en las extremidades que en el centro, envuelta en una membrana hialina en las extremidades, con su línea de sección sinuosa o quebrada, característica según Koch del bacilo de Davaine». Y a breves líneas añade: «Nosotros después de haber consultado con nuestro maestro el doctor José Gregorio Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bacteridias muertas por medio de los métodos conocidos: calor, acción de los antisépticos, etc., etc.

Durante años fué Rafael Rangel, el preparador de los Trabajos prácticos en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, donde bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional. Ya vemos cómo en 1906, cuando se encontraba en plena evolución ascendente, Rangel según la declaración que precede, consultaba a su maestro el doctor Hernández y se ejercitaba y seguía con humildad de sabio, las directivas de aquél, en la exaltación y atenuación de las bacteridias carbonosas y en otras técnicas modernas que a él le dieron fama y lustre y renombre a la patria».

«A Hernández también debí años después, declara el doctor Domínici, el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histogía del sistema nervioso, díjome: «pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula». Eran en efecto, bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia».

Hernández conocía muy bien esas preparaciones, que su discípulo obtuvo, aplicando con todo rigor las técnicas aprendidas en las clases prácticas del maestro y no superadas en opinión de Domínici, por el mismo Ramón y Cajal.

Refiriéndose a la fundación del Laboratorio del Hospital Vargas, dice el ilustrado doctor V. M. Ovalles en sus «Rasgos biográficos del Bachiller Rafael Rangel»: «En realidad, Rangel no se encargó de un verdadero Laboratorio, porque aquello no se podía calificar así y a tal respecto escribió el Doctor Diego Carbonell las líneas que siguen en su artículo sobre la Bacteriología en Venezuela (Las Clases Médicas N.º 48. Julio 1.º de 1908). «Es obra de Rangel el actual laboratorio de que es director; porque son suyos los impulsos que a diario recibe aquel salón de experiencias; porque son suyas las so-

licitudes que hace a nuestro Gobierno; porque fué él a quien la Junta Administradora de los Hospitales compuesta en febrero de 1902 por los doctores Miguel R. Ruiz, Emilio Conde Flores, Juan Pablo Tamayo, Trujillo Arraval y Martín Herrera, en su sesión del 18 de febrero de 1902, encargó no del laboratorio, pues que no lo había, sino de un escaso número de aparatos, regalados por los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, para que empezara a fundar un laboratorio de Bacteriología.

Salió por lo tanto Rangel del Laboratorio de Bacteriología de la Universidad, a fundar en febrero de 1902, el del Hospital Vargas; y sus colaboradores fueron los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, con los aparatos que le *regalaron* para acometer la memorable empresa. Quiso, años más tarde, el destino, que el Gobierno de la época, designase justamente a su maestro el doctor Hernández para reemplazarlo en dicho Instituto, a raíz de su fallecimiento.

Procedió pues, con toda justicia, el ilustre especialista doctor Jesús Rafael Rísquez, cuando en su «Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919», afirmó: «Sérá inútil decir que en

estas materias de Bacteriología y Parasitología, apenas si me tocará el humilde papel de tosco repetidor de las enseñanzas de Hernández, grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos..... Y mañana, cuando lejos de estas aulas oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre las demás naciones que han vibrado en el concierto de la Ciencia mundial, recordar que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de Rafael Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad; y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales».

Mas a esa benemérita influencia de Hernández, hay que juntar la resonancia que en el terreno de nuestra Medicina Social, tuvo el arraigo de la nueva escuela; la cual vino a darle con sus técnicas modernas, un aspecto científico al trabajo clínico diario. Lógicamente asienta el doctor Santos A. Domínici, que José Gregorio Hernández fué quien realizó en Venezuela los primeros diagnósticos científicos, pues sin la ayuda prodigiosa del microscopio ni de un laboratorio bien dotado, no hubie-

ra sido posible en el medio tropical, indagar la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y menos aún, las lesiones específicas de los procesos mórbidos. Y «¿qué queda de un diagnóstico, se pregunta con sobra de razón el doctor Perera, si le quitamos el carácter de científico, sino la cruda opinión del curandero?». A ello debióse, la buena camaradería en que vivieron por tantos años en Venezuela, después de Vargas, titulares y curiosos; de tal modo que un médico distinguido como el doctor Fernández, quien ejercía en Carache, fué «el orador que hizo la apología del curandero caroreño don Juan José Alvarez Oropeza, el día en que el pueblo lloraba su muerte y el médico, la desaparición de un compañero». En sentidas frases, nos relata el doctor Perera, los dolores y angustias porque pasó su honorable familia, con motivo de la grave enfermedad de uno de sus más queridos miembros, en el que se sospechaba una avanzada colitis de origen tuberculoso, «hasta que llegó a Carora un aventajado discípulo de Hernández, el doctor Agustín Zubillaga, con un buen microscopio, con el cual practicó el exámen correspondiente y comprobó que la colitis rebelde era producida por lamblías. La curación se obtuvo como por milagro y con ella volvieron a sentirse unidos por la alegría, los que antes estaban dominados por el gran

peso de una desesperante terapéutica». ¿Cuánto en suma, no le deben nuestra Higiene y Profilaxia Social al movimiento que inició el doctor Hernández el 6 de noviembre de 1891? Sin él, la cirugía tampoco hubiera logrado salir de los estrechos límites de la antisepsia de Lister, para, con la asepsia moderna pasear su enseña victoriosa a través de las más nobles regiones del organismo enfermo. Por ello afirma el doctor Perera, que la revolución científica y médico-social cumplida en Venezuela por José Gregorio Hernández, «es la más grande realizada en nuestra patria, después de aquella que lograron imponer con la pluma y el fusil, los creadores de la nacionalidad».

Otra conspícua opinión en este sentido es la del venerable autor de *Venezuela Heroica*, quien con voz de profeta, ensalzó elocuentemente en su Memoria al Congreso de 1892 la benéfica reforma experimental emprendida por el doctor Hernández. Dijo don Eduardo Blanco, Ministro entonces de Instrucción Pública: «La falta de un Laboratorio de Histología normal y patológica, de Fisiología experimental y de Bacteriología, se venía notando desde hacía mucho tiempo en la Universidad Central, para estar a la altura de su misión en lo que respecta ala enseñanza de la Medicina Moderna: La-

boratorio en que los alumnos pudiesen aprender prácticamente los mencionados ramos que constituyen una parte novísima y que han venido a abrir anchos horizontes y nuevas y seguras vías a las Ciencias Médicas. El Gobierno inspirándose en estas ideas, y solícito siempre en todo lo que se relaciona con el adelanto verdadero de la instrucción, comisionó al ciudadano doctor José Gregorio Hernández, a quien había enviado a estudiar aquellas ciencias bajo la inmediata dirección de los respectivos Profesores de la Facultad de Medicina de París, para traer los aparatos e instrumentos necesarios para la creación de un Laboratorio adecuado, el que instalado convenientemente, funciona ya como queda dicho. Hoy, no es necesario indicar los beneficios que este Instituto ha de prestar a la juventud estudiosa, pues en él se la enseña a evitar las abstracciones puramente imaginativas, y se la acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Y son una muestra espléndida de que este Laboratorio ha venido a llenar un vacío notable que existía en la Universidad, la asiduidad con que los jóvenes alumnos de todos los bienios de Medicina, se agrupan en torno de la nueva Cátedra, a recoger los preceptos de una verdadera enseñanza, y la constancia y entu-

siasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios».

Hernández, modernizó la Medicina entre nosotros; le dió una fisonomía propia que es hoy honra del País y adquirió, todavía mozo, en los centros científicos de Europa, conocimientos y títulos que lo destacaron luego en el accidentado camino de la ciencia vernácula, con los firmes rasgos imborrables de un gran reformador. Como prueba de ello, debe citarse el certificado que en julio de 1890, le expidió Mathías Duval, creador de la Embriología en Francia y la más alta personalidad en su época, de la Escuela de París. «Yo, abajo firmado, certifico: que el Doctor Hernández ha trabajado asiduamente en mi laboratorio y aprendido en él la técnica histológica y embriológica; me considero feliz al declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias, hacen de él un técnico que me enorgullezco de haber formado.--Mathías Duval».

Creo desde luego inútil, cualquier comentario elogioso alrededor de este y otros documentos similares, y acerca de la aureola que reflejan sobre el hombre y el patronímico nacional.

La erudición de Hernández que no era sólo libresca, sino obtenida como se ha visto, mediante el dominio cada vez más completo de las téc-

nicas de laboratorio, hizo de él, según lo anota con justeza el doctor Diego Carbonell: «el biólogo más ilustre de la Escuela de Caracas.... Sus conferencias sobre Histología, Bacteriología y Fisiología, constituyen verdaderos textos, que ordenados en lecciones, conforme al método que conocemos sus discípulos, harían honor a la Facultad Médica que trabajaba en la Universidad Central». Y, lejos de inmovilizarse en moldes estrechos, armonizó siempre de manera bella y amplia, las más avanzadas conquistas científicas, con el fondo austero de religiosidad que formaba el núcleo de su personalidad excepcional.

Como biólogo de su tiempo, no se adscribió a la escuela *fixista* de Cuvier, para la cual «todos los seres fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras, sin que los siglos transcurridos las hayan modificado de manera notable, y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas. Esta hipótesis -continúa Hernández- es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en el desarrollo de los astros, y la formación de las diversas capas que constituyen la

corteza terrestre. La segunda hipótesis es la teoría de la evolución universal, o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Hipótesis mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que tomando en consideración los hechos observados hasta hoy, explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo; y puede armonizarse perfectamente con la revelación». Pero opina sin embargo, que «las Academias no deben adoptar como principio de doctrina, ninguna hipótesis, porque enseña la Historia, que al proceder en tal forma, lejos de favorecer dificultan notablemente el adelantamiento de la ciencia». Era en suma, un biólogo evolucionista.

Refiriéndose a sus *«Elementos de Filosofía»*, dice el doctor Domínici: «No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo. Audacia y muy grande, necesitaría quien intentase penetrar en la hondura de esa obra genial, escrita con la difícil claridad y sencillez de quien domina la materia y el idioma, y la contempla y expone tal como la siente y la mira en su interior. En ella desbordan su pensamiento y las sensaciones de su alma que la constante meditación en sí mismo concentraba y re-

tenía: toda la obra es la revelación de su personalidad en ninguna otra forma ni ocasión manifestada. Perdonadme, si al término de tan hermoso vuelo, la preocupación de no alargar mi discurso, os priva de la visión de frondas y jardines, quizá los más bellos y floridos de los «*Elementos de Filosofía*». De allí el fino apólogo con que el doctor Vicente Peña, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, evocó en memorable ocasión, la doble personalidad de su maestro: «Y en mis últimas palabras una fantástica visión: el Profesor José Gregorio Hernández y el Hermano Marcelo, después de una plática íntima al pie de la estatua de Augusto Comte, entran a la Sorbona a dictar la primera de una serie de conferencias sobre «*Ciencia y Revelación*».

Con respecto a las faenas del investigador, anota por otra parte, el doctor Diego Godoy Troconis: «Inició Hernández los primeros experimentos en Fisiología, que desgraciadamente quedaron interrumpidos por más de veinte años hasta la reciente creación del Instituto de Medicina Experimental, y los cuales sirvieron de fundamento a nuestro otro gran muerto: Rafael Rangel, para la acción fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Y si no llegó el doctor Hernández a más grandiosas realizaciones en este ramo de la investiga-

ción, culpa fué del medio, inadecuado en la época para emprender una obra de tanta envergadura como ésa, que reclama maravillosas instalaciones de aparatos y un equipo de colaboradores de alta capacidad técnica, que aún en el día de hoy, resulta de difícil obtención. (7)

Entre los trabajos publicados de él, «hermosos capítulos de ciencia alta y profunda, legados a la cultura nacional», como los califica el doctor Razetti, merecen especial mención los siguientes: *«Sobre el número de glóbulos rojos; Sobre la angina de pecho de origen palúdico; selecto estudio que apareció en la «Gaceta Médica de Caracas», el 15 de febrero de 1894, dedicado a la Facultad de Medicina de Madrid y donde el autor hace una sesuda investigación histo-patológica de la enfermedad, en la sangre de tres pacientes que sirven de base a su disertación; De la nefritis en la fiebre amarilla; Lesiones anatomo-patológicas de la pulmonía simple; Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla; presentado a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo doctor Felipe Guevara Rojas, fundador de la cátedra de Anatomía Patológica; De la bilharziosis en Caracas; Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del aceite*

(7) (Discurso en el Cementerio como representante del Congreso Nacional).

de *chaulmoogra*. Y como compendio de sus cursos, los «*Elementos de Bacteriología*», prodigio de claridad y concisión, obra eminentemente didáctica que convierte en amenas y simples las técnicas más embarazosas de esta ciencia. Hizo además, en 1917, viaje especial a los Estados Unidos y Europa, para complementar estudios de *Embriología* e *Histología*, de que planeaba también textos de enseñanza; y lo poco que sobre el particular dejó escrito, justifica plenamente la opinión del doctor Carbonell, según la cual: «Hernández perteneció a la categoría de los verdaderos biólogos: hombres de sabiduría experimental, que tienen una medida justa y prudente para apreciar el valor de los progresos científicos; que amando la ciencia no la exageran y perfeccionando la obra experimental, no la confunden; sino estudian la Biología en el propio «centro» de las ciencias biológicas; saben distinguir las células orgánicas; han contemplado en ellas las figuras carioquinéticas y sorprendido con una paciencia visual admirable los pseudo-podos de una ameba o el cilindro eje de una célula cortical. A esa categoría de hombres selectos, perteneció José Gregorio Hernández». (8)

Al terminar su estudio sobre «Tratamiento de la Tuberculosis pulmonar por medio del acei-

(8) «Gaceta Universitaria», órgano de la Universidad de Los Andes, 31 de julio de 1919. Números 61 y 62).

te de Chaulmoogra», presentado también a la Academia de Medicina, dijo el doctor Hernández: «Aunque ésta es una comunicación preliminar, pues no hemos tenido el tiempo suficiente para un estudio definitivo, podemos sin embargo formular las siguientes conclusiones: 1ª El aceite de chaulmoogra mata el bacillus de Koch. 2ª Los enfermos tratados por las inyecciones de dicho aceite, no han sido perjudicados en modo alguno; antes por el contrario, se ha notado en todos mejoría del estado general: aumento del apetito, desaparición o disminución de la fiebre, y en algunos de ellos desaparición de todos los síntomas y del bacilo en los esputos. 3ª Las pequeñas dosis de uno o dos centímetros cúbicos, separadas por largos intervalos, parece obran mejor, que las grandes de 5 a 6 centímetros cúbicos». A lo cual comentó el notable tisiólogo doctor Francisco A. Rísquez: «He oído con mucho interés el trabajo del doctor Hernández, y lo felicito por haber emprendido una obra que puede lograr felices resultados, dada la *base científica* en que se apoya y las importantes conclusiones a que llega en su *experimentación*». Y el doctor Rafael González Rincones: «Entre las conjeturas a que da lugar esa acción del aceite de la *ginocardia odorata* que nos señala el ilustrado doctor Hernández, hay una que viene pronto a la imaginación: tanto el cocotrix de Hansen

como el esclerotix de Koch, tienen una cubierta de cera, soluble en xilol en caliente, que los hace quizás invulnerables contra las defensas celulares y humores del organismo. Disuelta esa cera en un medio aceitoso, quizás los gérmenes sean más vulnerables. Y si hasta hoy la seroterapia ha sido impotente contra el bacilo encerrado en su cubierta, impermeable a los coloides humores, quién sabe si podrán vencerlo al faltarle la coraza que lo defiende. Yo felicito sinceramente al autor de esta comunicación, pues el acopio de *datos experimentales* que nos presenta y las esperanzas que deja entrever la narración de *sus casos clínicos*, son más que suficientes para considerar este trabajo como muy importante»

Años más tarde, con motivo de experiencias realizadas por el doctor Mac-Donal, de la Estación Experimental de Honolulu, con el aceite refinado de chaulmoogra en la misma enfermedad, expuso el doctor Razetti: «La prioridad de este método de tratamiento corresponde a nuestro nunca bien sentido compañero doctor José Gregorio Hernández, *quien fué el primero que empleó el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana*. Pero el doctor Hernández, además de hombre de ciencia, fué un profesional honradísimo que procedió como lo orde-

na la moral médica: comunicó a nuestra Academia de Medicina *su descubrimiento*, para que todos los médicos ensayasen su método en beneficio de los pacientes. El resultado de la honorable conducta del doctor Hernández en esta ocasión, fué que nuestros médicos han empleado y continúan usando el mismo agente, en el tratamiento de la tuberculosis, con éxito satisfactorio. Si el doctor Hernández, en vez de ser lo que era, hubiera sido un industrial de la Medicina, habría hecho de la droga un preparado secreto, lanzándolo con algún nombre sonoro al mercado, rodeado de toda clase de reclamos mercantiles. Piénsese en el efecto que hubiera producido en Venezuela, la noticia de que el sabio doctor José Gregorio Hernández, poseía un remedio curativo de la tisis: no hubiera quedado un solo tuberculoso sin usarlo, con la fé que inspiraba el eminente profesor. Seguramente hubieran ingresado al bolsillo del virtuoso médico, muchos miles de bolívares; pero yo no hubiera podido pronunciar estas palabras, ante su tumba: «nos lega un hermoso ejemplo, de cómo se logra conquistar la verdadera popularidad dentro de los límites estrictos de la honradez y de la virtud».

Analizando igualmente la obra fecunda del investigador, asienta el doctor Jesús Rafael Rís-

quez: «Al correr de sus lecciones y de la aplicación práctica que hacía de ellas, el doctor Hernández se sitúa en el *nuevo campo experimental*, y de aquí surge el investigador científico, al comparar los resultados que aprendió en libros y obtuvo en las escuelas europeas, con los que iba *descubriendo* en nuestro medio.

Pocos ejemplos servirán para ilustrar este capítulo: Cuando enseña a sus discípulos el cálculo en la cuadrícula microscópica de un hematímetro, Hernández verifica muchas veces el recuento de los glóbulos rojos en personas en perfecto estado de salud y como conclusión expone sus ideas, no sólo ante aquellos, sino también las lleva al Congreso Médico Panamericano, reunido en Washington.

Porque para esa época, las *obras clásicas* de Fisiología no daban ningún dato sobre la influencia que ejerce la latitud, en el número de los globulos rojos de la sangre humana.

«Tratando de estudiar esa influencia -escribe Hernández- de la zona tropical, nos pusimos a averiguar la cantidad fisiológica media de los glóbulos rojos en los habitantes de Caracas, que teniendo diez grados, treinta minutos y cincuenta segundos de latitud Norte, se encuentra naturalmente en la región intertropical». Y concluye dando por término medio, tres millones

cuarenta y siete mil glóbulos rojos por milímetro cúbico, en vez de cinco millones encontrados en los climas templados. Además, hace investigaciones acerca de la úrea urinaria eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de nuestra ciudad capital y la encuentra también disminuida en comparación con los datos venidos de Europa. Relaciona los bacilos de Koch y Hansen por ser ácidos resistentes y expone los resultados obtenidos en la Tuberculosis con el tratamiento del aceite de Chaulmoogra usado para la lepra. Investiga las lesiones anatómo-patológicas de la fiebre amarilla y estudia la nefritis de esa misma enfermedad. Y para no citar otros ejemplos, cuando poco se hablaba entre nosotros de la ya tan conocida bilharziosis el doctor Hernandez escribe un trabajo sobre este flagelo y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque la bilharziosis -dice- está más extendida en Venezuela de lo que se supone». (9)

En su Trabajo de Incorporación de la Academia Nacional de Medicina, dice Domínici, que Hernández mantuvo «el ímpetu investigador despertado por Rangel, con ilustrados consejos y sugerencias.....En 1910, José Gregorio Her-

(6) (Doctor Jesús Rafael Risquez. Discurso en el Paraninfo de la Universidad Central. 1944).

nández llama la atención sobre la frecuencia de la bilharziosis en Caracas e insta a sus discípulos a mirarla con más interés; y en 1911, Benchetrit, por insistencia de Hernández, encuentra por primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos machos y hembras, aislados o en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas». Dato muy curioso: en su Informe sobre el trabajo de Benchetrit, presentado a la Academia de Medicina, el 31 de agosto de 1911, dice la «Comisión de Patología Médica»: «En la sesión de 31 de diciembre de 1909, de la 4ª Conferencia Sanitaria Internacional reunida en Costa Rica, el Delegado de Nicaragua, doctor Castro Cervantes, citó un caso de Bilharzia observado en Costa Rica, procedente de Venezuela; y aludido el Delegado Venezolano doctor Acosta Ortiz, manifestó: que extrañaba mucho la observación hecha, puesto que ni en el «Hospital Vargas», de Venezuela, que es un hospital cosmopolita, adonde llegan enfermos de todos los lugares de la República, ni por investigaciones distintas en los diferentes casos de disentería, estudios microscópicos en los laboratorios, ni en el examen de las heces de los que morían de disentería, ni en las tesis de sus discípulos, ni por otros muchos trabajos, había tenido noticia de que se hubiese encontrado nunca el parásito de la Bilharzia

entre los otros muchos parásitos de diversas especies que se registran en los casos de disentería». «Un mes y medio más tarde -continúa la Comisión- el doctor José Gregorio Hernández publica su estudio «De la Bilharziosis en Caracas» y asienta y demuestra la presencia de esta enfermedad entre nosotros. Estas dos opiniones expuestas a tan escasa distancia una de otra, demuestran que la enfermedad es de muy reciente descubrimiento».

Benchetrit a su turno, escribe: «En nuestros análisis de coprología, hemos encontrado varias veces el *Anquilostomo duodenalis*, el *Tricocephalus*, *trichiurus*, Anguilulas intestinales, Cercomonas, etc.; y una sola vez, el *Schistosomum hematobium*. Hecho que parece estar en contradicción con la conclusión de nuestro querido maestro el doctor José Gregorio Hernández, quien en su trabajo «De la Bilharziosis en Caracas», dice: «Es un hecho, que la Bilharziosis es bastante frecuente entre nosotros». Al mismo tiempo el doctor Hernández nos habló mucho de Bilharzia, y nos invitó a que siguiéramos estudiando ese punto de parasitología médica de alta importancia. Nosotros, aceptamos gustosos la invitación del Maestro».

Con tal motivo en su «Elegía al Doctor José Gregorio Hernández», juzga Domínici el opúscu-

lo «De la Bilharziosis en Caracas», como «el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infección entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus siete enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziosis de nuestro país pertenece «a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Schistosomum Manzoni*, o a alguna muy próxima a ésta, que podríamos llamar *Schistosomum americanum*» en cuya denominación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil».

El 15 de febrero de 1894, como queda dicho, publicó Hernández, un notable trabajo sobre «La angina de pecho de naturaleza palúdica», donde el autor hace *por primera vez en nuestro país* el estudio histo-patológico de la sangre, en enfermos víctimas de paludismo. Y como prueba -si fuese necesaria- de que desde entonces implantó y siguió con todo rigor las *normas experimentales*, que han dado lustre a la investigación científica autóctona, reproduciré algunas de las conclusiones a que llega en la parte de su disertación consagrada a la *Anatomía-Patológica*: «Puesto que nuestros enfermos curaron todos tres rápidamente, no hemos tenido ocasión de hacer ningún análisis necrópico. Sin embargo, cuando se trata de paludis-

mo, esta circunstancia no es tan de sentirse, pues la parte más importante de la anatomía patológica reside en la sangre.

La sangre de los dos individuos en quienes la analizamos, presentaba los caracteres siguientes: «glóbulos rojos normales en lo que respecta a su tamaño y forma. Los glóbulos blancos en ambos casos existían en mayor abundancia aparentemente, pues en ninguno de los dos pudimos hacer la numeración globular. Las granulaciones pigmentarias formaban grandes masas del tamaño de un glóbulo rojo, y algunas un poco mayores, y se encontraban muy numerosas entre los glóbulos, en todo el campo de las varias preparaciones que hicimos.

A pesar de los repetidos exámenes practicados con el fin de descubrir el hematozoario de la fiebre paludosa, nuestros resultados fueron siempre negativos. Tampoco llegamos a descubrir los gránulos de pigmento en el interior de los glóbulos. Sin embargo, la sola presencia del pigmento, basta para asegurar la etiología de la enfermedad; puesto que según Widál, «la melanemia puede encontrarse en todas las formas benignas o malignas de la malaria. Es una manifestación constante y seguramente de las más características de la intoxicación aguda. Fuera de la malaria, no existen ninguna enferme-

dad ni intoxicación alguna capaz de producir la melanemia».

Nuestros enfermos eran indudablemente palúdicos; lo demuestra irrevocablemente para dos de ellos, el pigmento que se hallaba en la sangre; y para el tercero, el hecho de que sus ataques de angina fueran sustituidos por ataques de fiebre palúdica. Además de estas razones, bastante poderosas por sí solas, hay el resultado verdaderamente maravilloso de la desaparición de todos los accidentes merced a un tratamiento específico por la quinina».

Esá vasta labor experimental, movió a un ilustrado discípulo de Hernández, el doctor Rafael González Rincones, para finalizar su «Revista Científica», leída en la Academia de Medicina, el 11 de febrero de 1943, con las siguientes frases: «Al terminar estos comentarios sobre el adelanto que la experimentación en animales ha permitido, no puedo prescindir de tributar el homenaje de un recuerdo a la memoria del fundador de la Fisiología Experimental en Venezuela, el doctor José Gregorio Hernández, espíritu selecto que enseñaba cómo se investigan las verdades ocultas en la trama de los tejidos palpitanes». Y el doctor David Lobo, Presidente de la Academia de Medicina, a la muerte de Hernández, declaró en su discurso: «En el cam-

po de la ciencia, su amplio entendimiento desplegó alas de cóndor y remontó muy alto el vuelo. Eligió los estudios quizá más arduos de la Medicina y conquistó rápidamente en Fisiología, Histología y Bacteriología, un alto puesto que nadie osó disputarle y desde el cual derramó sin parsimonia, el vasto caudal de los conocimientos con que durante treinta años nutrió el cerebro de sus incontables discípulos».

Puede resumirse así, la obra científica de José Gregorio Hernández: Reformó nuestros estudios médicos que al tenor de los documentos oficiales de la época, se encontraban en estado de lamentable atraso y eran fundamentalmente *teóricos*. Introdujo en el país las ciencias que son la base de la Biología, modernizando la Medicina Nacional y purificando su ambiente «del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía». Mostró el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos e importancia. Dió a conocer la teoría celular de Virchow, la estructura de la célula y estudió *por primera vez* entre nosotros, los procesos embriológicos. Coloreó y cultivó los microbios *por vez primera* en Venezuela. Practicó las *primeras vivisecciones* y fundó con ellas nuestra Medicina Experimental. Inició la Investigación biológica autóctona con sus trabajos en el Laborato-

rio que trajo el año de 1.891, «copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París»; y donde practicó las *primeras numeraciones globulares*, hizo los *primeros estudios hematológicos* de la gran epidemia nacional: el Paludismo; dosó la úrea urinaria por primera vez en este clima y al comparar los resultados obtenidos con los que aprendió en libros y adquirió en las escuelas europeas, señaló amplios horizontes a la voluntad y espíritu indagador de los futuros sabios venezolanos. Investigó las lesiones anatómo-patológicas de la fiebre amarilla y estudió la nefritis de esa misma enfermedad. Exploró la histología-patológica de la pulmonía. Relacionó los bacilos de Koch y Hansen por ser ácido-resistentes y aplicó *por primera vez en el mundo científico*, el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana. Cuando aquí se hablaba muy poco todavía de la bilharziosis y hasta era negada su presencia en nuestro cuadro nosográfico, por los representantes del país en Conferencias Sanitarias Internacionales: José Gregorio Hernández publica un trabajo sobre ese flagelo, que fué «*el primer grito de alarma* por la frecuencia de la tremenda infección entre nosotros»; y excita a sus discípulos a estudiarlo, porque «la bilharziosis -dice- está más extendida en Venezuela de lo que se supone». Por insistencia suya, encuentra Benche-

trit, la primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos machos y hembras, aislados o en cópula en un sujeto autopsiado por él, en el Hospital Vargas. Después de un estudio minucioso de los huevos hallados en las heces de siete enfermos, deduce Hernández «que el parásito de la bilharziosis de nuestro país, pertenece a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada *Shistosomun Manzoni*, o a otra muy próxima a ésta que podríamos llamar *Shistosomum americanum*»; coincidiendo en esta denominación con la expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva, en el Brasil. Fué un gran profesor universitario, que introdujo en la enseñanza recursos y métodos antes no empleados, «hasta que la muerte lo sorprendió en plena actividad profesoral». Como biólogo de su siglo y en frase elocuente del venerable autor de *Venezuela Heroica*: «enseñó a la juventud estudiosa de su patria, a evitar las abstracciones puramente imaginativas y la acostumbro a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida». Abrió la «ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas». Con las nuevas técnicas de laboratorio hizo circular el soplo del progreso por los claustros de la vieja casona de San Francisco, y aplicando esas técnicas al examen clínico de sus enfermos, realizó los *primeros diagnósticos científicos* en

nuestro medio. Aleccionó por último, en la investigación experimental, a *su gran discípulo* Rafael Rangel, fundador de la Parasitología Nacional y cuyas preparaciones de tejido nervioso no eran superadas, en opinión de Domínici, por las del propio Ramón y Cajal.

Esto en lo que atañe al reformador, profesor, biólogo e investigador científico; pues Hernández fué además, un clínico eximio, muy elogiado por el doctor Manuel A. Fonseca, quien en prolijo estudio, lo considera «como el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea»; por el doctor Domínici en su hermosa y sentida «Elegía», donde apunta: «Los viejos médicos discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obre exclusiva de su ciencia, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas, el padre y fundador de nuestros estudios

médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela». Y la péñola de Razetti trazó del padre de nuestra Bacteriología, este retrato sugerente: «Fué médico científico al estilo moderno, investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la Medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el inmovible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la patria. ⁽¹⁰⁾

Debe en fin considerarse al doctor Hernández, cual uno de los grandes precursores de nuestra Asistencia Social Moderna: pues, durante épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, se convirtió en el padre y benefactor de las clases menesterosas; secreta providencia del obrero infeliz y su familia, abandonados por una política enana, y sin atisbos al

(10) Discurso en el Cementerio.

futuro preñado de ingentes problemas colectivos.

Formó parte de nuestra primera «*Comisión de Higiene Pública*»; y aunque en su juventud se ejercitó con lucimiento en cirugía, practicando quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del *pie zambo*; y si al decir de sus más antiguos discípulos, reveló al principio, en los exámenes universitarios, extensos conocimientos teóricos y prácticos de Obstetricia: fué al cultivo de la clínica médica que dedicó ulteriormente sus desvelos, y en el diuturno ejercicio de una munificencia evangélica, logró el halo de apóstol de la caridad, conque su figura ya legendaria, quedó esculpida en el mármol de las tradiciones nacionales. Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano, lo llevó a fundar también entre nosotros, «el *cepillo de beneficencia*», tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía, como pago de la consulta, no se consideraba humillado, sino creía resarcir con el producto de su trabajo, la sabia labor facultativa.

Entre múltiples manifestaciones del doctor Francisco A. Rísquez, merece particular atención la siguiente: «El doctor Hernández, al mismo recibir la borla, se impuso a los altos go-

bernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para iniciar la *anslada era de luz* en la Escuela de Medicina de Caracas». (11)

Y el doctor Manuel A. Fonseca, escribe: «Cuanto digo lo acreditan los extensos trabajos de Laboratorio a que dió remate; y lo pregonan sus innumerables discípulos, hasta el punto de que no es aventurado expresar que basta para su eminente notoriedad, el título de *Fundador de los Estudios de Fisiología Experimental en Venezuela*». (12)

«¿Será, pues, escaso el haber de Hernández?», inquiere el doctor Núñez Ponte. «¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la introducción de la Biología Experimental, purificado el ambiente de nuestra Medicina del dejo de rutinario empirismo que aún la obscurecía, encauzándola por caminos muy otros y más varios? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel, tan

(11) (Cultura Venezolana Nº 8. Julio-Agosto 1919.)

(12) (Cultura Venezolana Nº 8)

acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?»

Al celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de las cátedras de clínica en el Hospital Vargas, escribió justicieramente en la «Gaceta Médica de Caracas», el doctor Eudoro González: «La enseñanza clínica organizada en esta forma venía a complementar la reforma de los estudios médicos ya iniciada en 1891 con la creación e instalación de la Cátedra de Histología Normal, Bacteriología y Fisiología Experimental por el doctor José Gregorio Hernández, sabio maestro enviado a Francia y Alemania por el Gobierno del doctor Rojas Paúl, donde adquirió gracias a su preparación científica, honradez y disciplina, todo el caudal de conocimientos que le sirvieron para establecer en Venezuela una obra efectiva y perdurable que será siempre admirada por nuestras generaciones de médicos, bacteriólogos, parasitólogos, clínicos y discípulos de su *brillante escuela*».

Y, si a todo ello añadimos la obra que como filántropo y clínico eminente, realizó durante años de infatigable esfuerzo, nos daremos cuenta cabal, de lo que José Gregorio Hernández representa en la evolución cultural de la República.

Por lo demás: la vida de este hombre, no ha menester del ditirambo ni de frondosidades

retóricas para imponerse en la memoria de los pósteros; sino debemos por el contrario al estudiarla -como lo aconseja el doctor Fonseca- «dominar el espíritu de leyenda y copiar del natural, sin buscar enigmas o rompe-cabezas; pues lo que constituye la excelencia de su personalidad y da pábulo a la general admiración, es cómo asume los caracteres de un prototipo de bondad, que solicitó por todos los rumbos el camino de la perfección imbuído en el espíritu de sacrificio».

«Aguarda todavía el doctor Hernández, -sugiere la pluma ilustre de Eduardo Carreño- la alburá del mármol o la perennidad del bronce, que perpetúen su recuerdo, porque este íntegro venezolano es acreedor a toda suerte de póstumos homenajes».

Ciencia y Caridad fueron en efecto, la sola norma de su labor sin tregua, en el medio social venezolano.

CIENCIA Y PATRIOTISMO

Al finalizar su «Nota Preliminar sobre la Peste Boba y la Derrengadera de los Equídeos de los Llanos de Venezuela», dice Rafael Rangel: «Antes de terminar debemos consignar que no somos los primeros que hayamos observado el parásito de que hacemos referencia en esta Nota, como causa de la *peste boba* y la *desrengadera* de Venezuela. En 1898 llegó a nuestros oídos, cuando ocupábamos el cargo de Prepador del Laboratorio de la Universidad Central, que el Doctor Ignacio Oropeza, quien ejercía en Calabozo, había encontrado un parásito en la sangre de animales atacados de *Peste de Apure* y que él llamaba *hematozoario del paludismo del caballo*. Merced a esta cruencia, él administraba altas dosis de quinina y de arsénico, siendo también uno de los primeros que usó estas drogas en casos de peste de las bestias. Probablemente el parásito observado por el doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos. La indiferencia y la desconfianza con que en nuestro país se miró aquel hecho por los entendidos en la mate-

ria, fué causa para que un médico venezolano no llevara el honor de la prioridad sobre el descubrimiento del tripanosoma en «la América del Sur».

No hubo indiferencia ni desconfianza por parte del doctor José Gregorio Hernández respecto al supuesto hematozoario del paludismo del caballo, señalado por el doctor Ignacio Oropeza, el cual, aunque domiciliado en Caracas, hacía frecuentes viajes a Calabozo, en donde ejerció siempre la profesión con la mayor filantropía, pues, de holgada fortuna, nunca tuvo necesidad del trabajo diario y remunerador para ganarse la vida. Tanto él como sus familiares eran además, vecinos inmediatos, amigos íntimos y clientes del doctor Hernández, quien según me consta, por haberlo oído años más tarde de sus propios labios, sometió a un examen minucioso en el Laboratorio de Bacteriología, las preparaciones traídas de Calabozo, y tuvo fundados motivos para atribuir a simples errores de la técnica usada en la coloración de las láminas, las conclusiones a que había llegado el doctor Oropeza. Errores perfectamente excusables, si se toman en consideración las deficiencias y limitaciones propias de la época y del medio en que le tocó actuar.

El doctor Oropeza, por otra parte, quedó

tan persuadido de la validez de los argumentos de Hernández, que jamás intentó darle publicidad a un hallazgo, cuya divulgación habría tenido entonces, mayor resonancia en el mundo científico, de la que tuvo el descubrimiento de Rangel realizado 7 años después. Persona tan discreta como lo era el doctor Hernández, guardó absoluto silencio sobre el hecho, para no herir siquiera con la más ligera sugerencia, la natural susceptibilidad de un colega amigo, o dañar la reputación de un médico distinguido como el doctor Oropeza. Ni aun en la página de sus «*Elementos de Bacteriología*», donde encomia el estudio de Rangel, menciona con una sola sílaba, el incidente histórico.

Esto, por lo que atañe al doctor Hernández; pues no conozco cuál fué la participación que tuvieran en el caso, los demás *entendidos en la materia*, como en forma bien vaga por cierto, los designa Rangel en su exposición; fuera de que su actitud hipotética y dubitativa al decir, que «*probablemente* el parásito observado por el Doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos», despoja de todo fundamento serio la opinión caprichosa y un tanto arbitraria del autor.

Sólo la humildad reconocida de Rangel y su encendido venezolanismo, lo empujaron esta vez, en uno de sus más jugosos trabajos, por el terreno resbaladizo de las conjeturas; él, que en

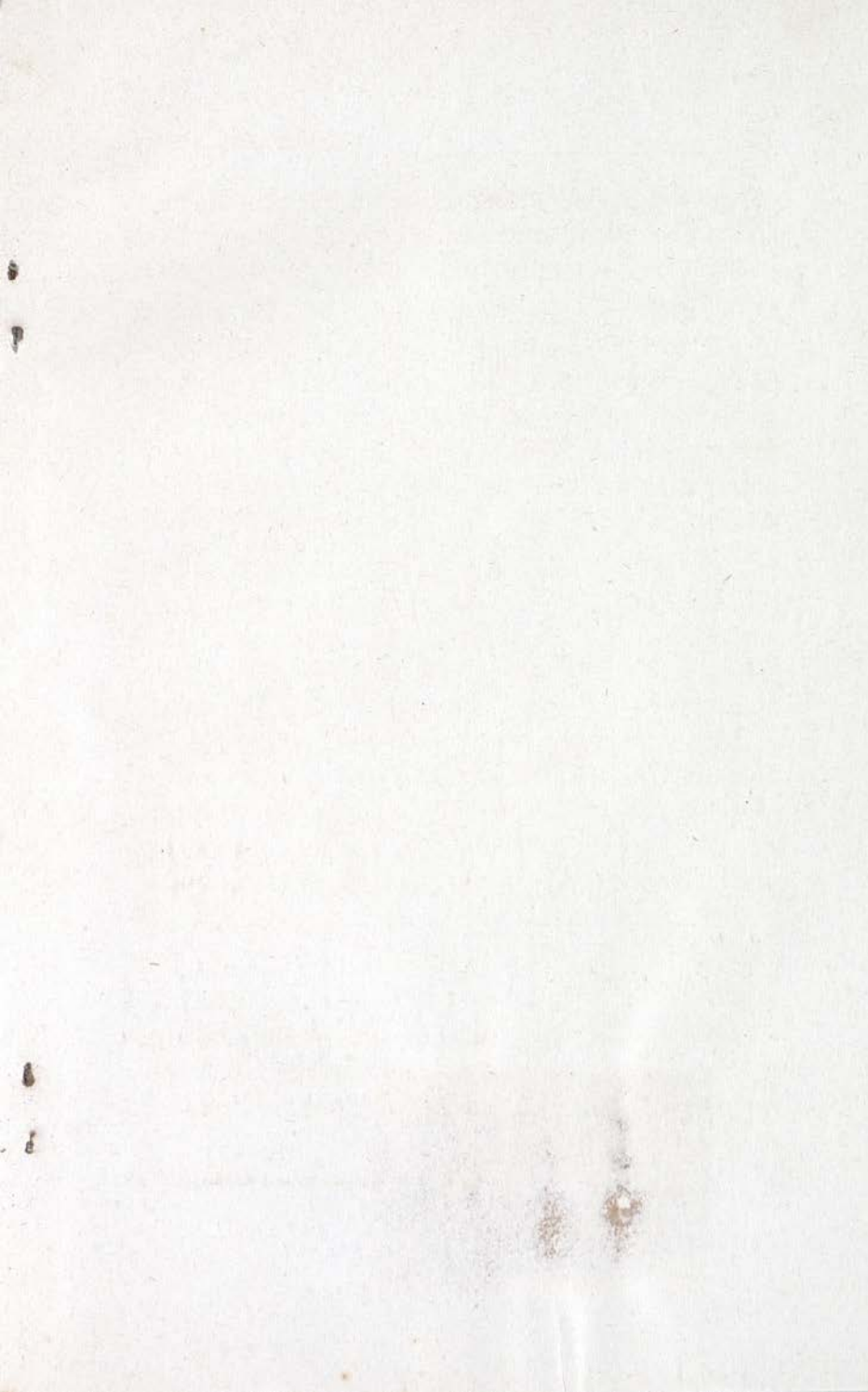
la escuela de su maestro, se inició en el culto de la verdad desnuda, y aprendió a valorar las excelencias y rigores del método experimental.

Para José Gregorio Hernández en cambio, el patriotismo consistía principalmente en la probidad científica, que apartando cualquier otro género de consideraciones, debe ceñirse a la apreciación objetiva de los fenómenos, base de eficiencia técnica y de enhiesta autoridad profesional.

Su conducta se ajustó en este caso, como de costumbre, a la más exigente Deontología: convencer al compañero de su error sin trascendencia y guardar el secreto; no confiándolo ni al Preparador del Laboratorio, así fnera éste, el futuro progenitor de la Parasitología en Venezuela. Y, si más tarde, tampoco rompió ese silencio ante las alusiones del propio Rangel, fué por estar seguro de que ellas se cimentaban sobre meras suposiciones, extrañas al fondo tan rico en perspicaces atisbos, que comunican la durabilidad del granito, a esta producción de su *gran discípulo*.

No se atribuya pues, a indiferencia ni desconfianza y mucho menos a falta de patriotismo, lo que fué sólo en Hernández, expresión de señera integridad moral.

(Leído en la Academia Nacional de Medicina).

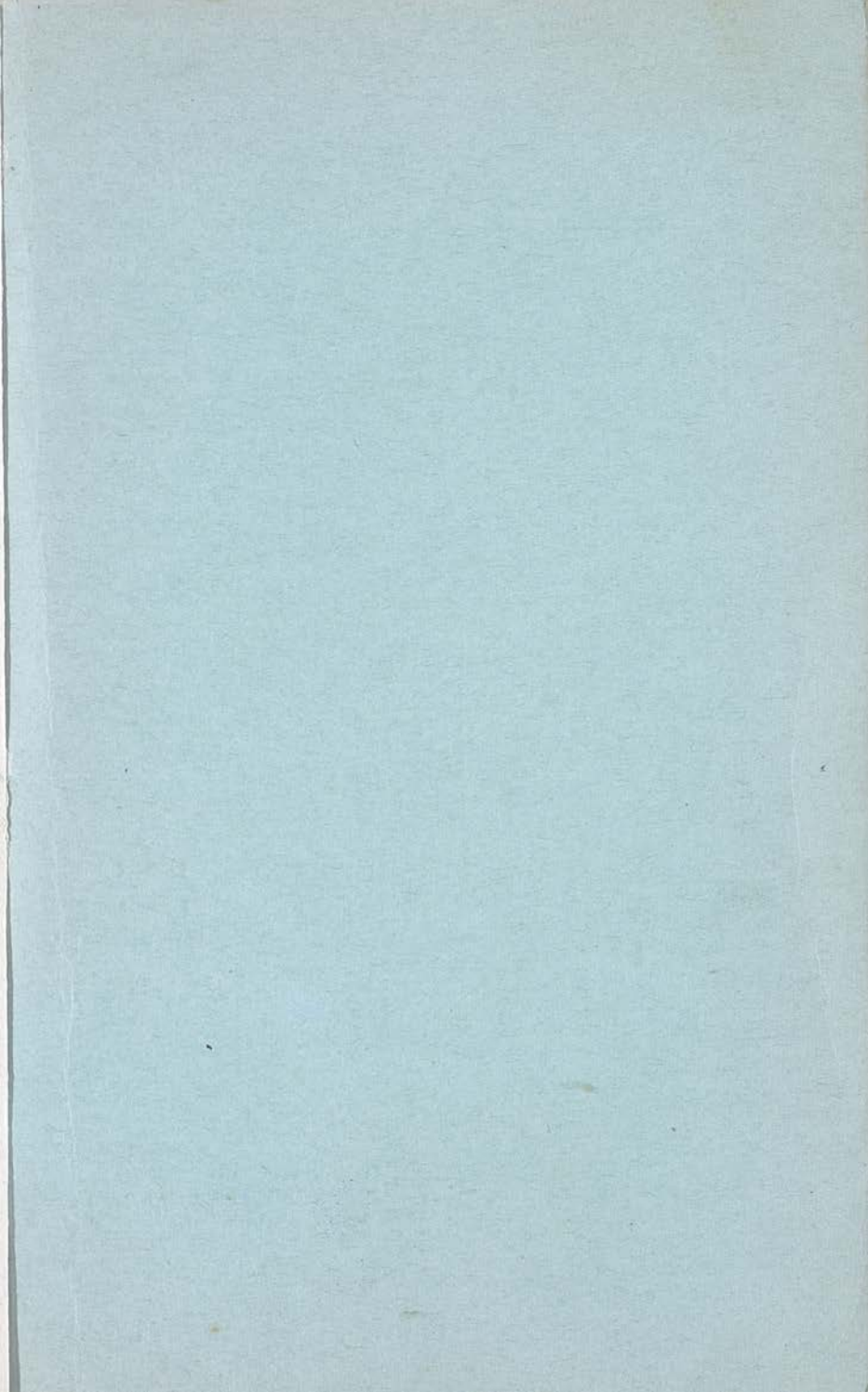


Reg. 44.1137

Clas. V.4 P. 94

Duplicado





Este libro se terminó de
imprimir el día 26 de
marzo de 1946, en los
talleres de la Im-
prenta del Estado,
de la ciudad de
Trujillo.